

Solidaridad en un país solidario

En Chile nos jactamos de ser el país más solidario del mundo, particularmente por dos situaciones: La cruzada que une a todos, como es la Teletón; y las diversas campañas solidarias que se organizan, cada vez que en Chile ocurre un desastre natural y que impulsa a la ciudadanía a organizarse, junto a instituciones públicas y privadas para ayudar a quienes, en algunos casos, lo pierden todo, ya sea por un terremoto, tsunami, aluvión, inundación u otra catástrofe, que cada cierto tiempo nos golpea.

¿Pero realmente somos los chilenos tan solidarios?

Muchos pensarían que no, por la manera en que las personas se comportan día a día, ya sea en las calles, con los vecinos, con la familia y colegas, dentro de los lugares de trabajo, o simplemente con alguien que necesita una mano amiga en tiempos de necesidad.

En la vida diaria esa solidaridad, el valor de la solidaridad suele desvanecerse. Nos cuesta detenernos a escuchar al veci-

no, compartir el tiempo con un adulto mayor que vive en soledad, o ayudar al desconocido que enfrenta una dificultad. Cerramos las puertas, nos aislamos en la rutina y caemos en la indiferencia, olvidando que la solidaridad no solo es un valor en los momentos críticos, sino una forma de vivir y de relacionarnos.

Un país y una región más justos se construyen no solo con políticas públicas o grandes discursos, sino con gestos concretos: respetar al otro en el tránsito, apoyar al compañero de trabajo, cuidar los espacios comunes, acompañar a quienes enfrentan dificultades económicas o de salud. Son pequeñas acciones que, sumadas, transforman el tejido social y lo hacen más humano.

La invitación es clara: no esperemos a la próxima emergencia para volver a mirarnos con compasión. La solidaridad debe ser parte de nuestro día a día, porque solo así lograremos un Maule más unido, más empático y verdaderamente comprometido con la dignidad de cada persona.